

TÚ, YO Y EL ALZHEIMER

Un día mi padre llegó a casa y nos contó que se había quedado sin trabajo. Entonces él y mi madre decidieron ir a Alemania, porque les habían dicho que allí podían encontrar trabajo más fácilmente. Yo no quería separarme de mis amigos e ir a un país nuevo, y por eso mis padres decidieron que me quedara a vivir con mis abuelos.

A mí me encantó la idea, aunque sabía que iba a echar mucho de menos a mis padres.

Pasaron los días, semanas, meses... y fui notando cómo a mi abuela Elisa se le olvidaban pequeñas cosas. Había días que no ponía la sal en la comida, no traía el pan para comer, dejaba la puerta de casa abierta cuando salía... Yo me daba cuenta de que el abuelo estaba muy preocupado y yo también lo estaba porque no sabía lo que le estaba ocurriendo a mi querida abuela.

Siguió pasando el tiempo y el carácter de la abuela Elisa fue empeorando. Se enfadaba, se ponía triste, nerviosa cuando quería hablar y lloraba a menudo.

Entonces decidí contárselo a mis padres, aunque el abuelo les decía que no se preocupasen, que él se encargaba de todo.

Mis padres regresaron y la misma noche en la que llegaron, la abuela se marchó de casa y tardaron todo un día en encontrarla.

Mis padres me explicaron que la abuela estaba enferma y que ya nunca más iba a volver a ser la misma de antes.

Mis padres no volvieron a marcharse porque yo ya no podía seguir viviendo con los abuelos. Ahora son los abuelos los que necesitan compañía y muchos cuidados.